
SEMANARIO DE ZARAGOZA

Del Lunes 10 de Diciembre
de 1798.

AGRICULTURA.

*Continuacion del Artículo sobre la necesidad
de multiplicar los Abonos.*

DEL HIESO.

El célebre Mayer Clerigo Aleman, bien conocido por las utilidades que ha acarreado con sus útiles experimentos, fué el primero que en 1768 observó, y demostró la gran utilidad del hieso empleado en beneficiar las tierras.

El Hieso es de todas las substancias la que mas acelera la putrefaccion, y por consiguiente la que con mas utilidad podrá emplearse en la Agricultura, para conseguir la putrefaccion de algunas substancias, cuya descomposicion puede ser útil al cultivo.

Las yervas, que de suyo nacen en los campos, asi como perjudicarian infinito á los sembrados si no se arrancasen, arrancadas pueden ser de la mayor utilidad, porque forman un excelente estiércol, como despues diremos; pero como á las veces acon-



tece, que no se pudren tan pronto como es necesario, es preciso acelerar su putrefaccion: para conseguir esto, nada se puede emplear con mas utilidad que el hieso, que para este efecto se esparcirá sobre el campo sin mezclarlo con la tierra, advirtiéndose que no se haga esto sino estando seca la tierra, pues lo contrario seria perjudicial, léjos de ser útil.

Como el beneficio que resulta de la putrefaccion de las yerbas, nunca puede ser mas útil que al tiempo de germinar las simientes, ni jamas pueden perjudicar tanto estas como entónces si acaso no se pudren, por la facilidad con que pueden volver á brotar, aun quando se hayan arrancado, se debe procurar la putrefaccion de ellas, luego despues de haber sembrado. Así hace ya desde su descubrimiento que se practica en Alemania, Francia, Suiza y aun en varios parages de la América, con notable utilidad de la Agricultura.

Ademas de esta gran utilidad produce otra no menor el hieso, es á saber, la de favorecer sobre manera la vegetacion de los granos, especialmente, porque está averiguado que constituye una principalísima parte de su nutrimento. Asi no es de extrañar que este Abono haya producido siempre las mayores utilidades.



POESÍA.

Conclúyense los Endecasílabos comenzados
en el Número anterior.

Y no moro entre vosotros. ¡O felice!
 Hiero, divina Venus, hiero el pecho....
 ¡Mas ó amarga ilusion! ¿á do engañado
 Elevóme fogoso mi deseo?
 Goza Silvio feliz, goza en buen hora
 El almo bien que te concede el Cielo;
 Y al tierno impulso de tu blanda lira
 En Flora nazcan mil amores nuevos.
 Benigna leá los suaves rasgos
 De tu anhelante amor; miéntras el tiempo
 Corre veloz con intornable rueda,
 Y rasga de la ausencia el negro velo.
 Vuestro affligido corazon entónces
 Muy mas ardiente sentirá su fuego,
 Y el rabioso penar, que agora os mata,
 Hará mayor entónces el contentò.
 Espera, Flora, espera, no mudable
 Desacalores tu cansado ánhelo;
 Que la venial, y amable Primavera
 Sucede siempre al desolante invierno.
 Y tiempo ha de llegar en que los frutos
 De vuestras esperanzas recogiendo,
 Qual la paloma á su pichon unida
 Os dareis al amor en lazo eterno.
 Agora mira á tu affligido Silvio
 Qual se enardece en plácido embeleso
 Mirando tu retrato. ¿Vés qual habla?
 ¿Y en él derrama mil ardientes besos?
 ¿Qual estiende los brazos? ¿qual rendido?

Fiel te demanda del su amor el premio?

¡Ay! ¿y no le respondes? ¿así dejas

Que conozca el engaño no te oyendo?

Él lo conoce, y sus ardientes ojos
Derraman ¡ay! las lágrimas sin duelo;

Hasta que al fin llorosos los sentidos

Ceden ¡ay! ceden á un ligero sueño.

Mas' allí acude amor; allí anhelante
Arde la fantasía en vivo fuego;

Y entre bellezas mil que le presenta

Le ofrece vivo el Dios tu caro aspecto.

¿O eres acaso tú que dulce quieres

Coronar, bella Flora, sus deseos?

¿A quién suena la voz que tierna dice:

Sin sobresalto del amor gozemos?

¡O furiosa pasión! ¿á dónde llegas?

¿A dónde llega tu ardoroso imperio?

¿Y así burlas á Silvio? ¿así malogras

Su varonil ardor, bárbaro sueño?

Tal es del tierno amante la amargura,

Tal es su crudo, y misero tormento...

Y tú Dios del amor, alado Númen,

Que así mezclas el mal con el consuelo,

Dí no te mueves á la voz doliente,

Del miserable Silvio? ¿no su acento

Moverá tu piedad, porque benigno

Le restituyas su adorable Dueño?

¿No ves qual se deshace suspirando

En tristes ayes que dirige al Cielo

Qual tórtola doliente, ansiando siempre

Ver destruido el duro apartamiento?

La desenvuelta diversion, la danza

Jovial del monte, el apacible juego,

Que mueve la amistad en el deporte

Todo no basta á suavizar su duelo.

Quando nace la aurora, disipando

De la estrellada noche el velo negro,
 Y en pos se eleva en rutilante carro
 El sol de magestad, y ardores lleno,
 Cuando sobre el zenit nos ilumina,
 Y luego velozmente descendiendo
 En nacarada nube, se trasmonta
 Bordando de oro el desmayado Cielo,
 ¡Ay! y la noche viene obscura, y fria,
 Siempre á Silvio el dolorido pecho
 Demanda tu piedad: ¡ay! ¿quándo, cuándo
 Volveré, dice, á mi anhelado centro?
 ¿Y no te mueve, amor, y no te mueve
 Su amargo á Dios? ¿los ayes postrimeros
 De su ardorosa Carta? ¿Vér qual hierbe
 Un mar de angustias en su triste seno?
 El tormento le ahoga: la voz muda
 Llorosa retrocede, no pudiendo
 Romper el pecho de dolor cerrado.
 ¡O envidia! ¡ó crueldad! ¡ó sentimiento!
 Cesó la voz; la pluma entorpecida
 Trémula ya no puede al caro Dueño
 Comunicar la lláma, que ardorosa
 En medio de la ausencia, abrasa el pecho.
 ¡O Silvio! ¡ó Silvio! tu fogosa Musa,
 Tus ardientes palabras conmovieron
 Las orillas del Turia; y lastimadas
 Se mostraron sus Diosas en tu duelo.
 Feliz Flora, dixeron, que así logra
 En Silvio un amor puro y sincero.
 Venus, Venus los ame; y sus amores
 Inmortalice fausto el himineo.
 Plegue á los Cielos escuchar sus votos,
 Mientras tú, ó Silvio, en varonil esfuerzo
 La envidia vences; y á tu sacra Diosa
 Le consagras tu Musa, y tu instrumento,
 Y pues mora en tu mente acalorada

La sacra Hama de Apolineo fuego,
 Elévate veloz con paso osado
 Del alma Poesía al noble Templo.

Elévate veloz, y denodado
 Desoye el murmurar del macilento
 Del bárbaro escolar que inútilmente
 Aturde con sus voces el Licéo.

¿Turbará el canto del nevado Cisne
 El áspero graznido de los cuervos?
 ¿O del buho los lúgrubos chillidos
 El trinar melodioso del Gilguero?

La echizante belleza de las Musas
 Mal la conoce el delirante necio,
 Que embriagado en rústicos placeres
 Inmóvil reptá por el sucio suelo.

Sigúe, sigúe la senda esplendorosa
 Que aí formaron los sublimes genios
 Hijos de Apolo, á los que Europa enlaza
 Con la imágen del Lírico de Teyo.

Visita los lugares, do Batilo,
 Do el divino Batilo en sacro plectro
 Suspendió la natura, arrebatada
 Con el sonido de su canto excelso.

Y allí verás enardecerse el alma,
 Qual inflamado el Sacerdote en Delos
 En extasiada mente se arrebatá
 Del sacro Dios en el augusto Templo.

¡O divino Batilo! ¡quién pudiera
 Divinizar tu Musa, y en los Cielos
 Do no la intriga, ni la envidia moran,
 Oír tu voz desde immutable asiento!

Sigúe, Silvio, sus huellas, que yo en tanto,
 No bastando á seguir tan noble egemplo,
 Feliz me llamaré con solo oiros,
 Y ofrecer á su Musa humilde incienso.

Que mi contraria, y destructora suerte

Cruel me niega el gozo placentero
De consagrar á las amables Musas
La fuerza indócil de mi alado ingenio.

La imperiosa indigencia, el desamparo,
La vejacion cruel, el vil desprecio
De las floridas letras, ¡ay! me arrancan
De su fecundo embalsamado seno.

Y mientras en pomposas dignidades
Lleno de falso honor se ostenta el necio;
Y el favor galardona el capirote,
Que lograrán la intriga, y el dinero;

Yo, á quien el Cielo conceder le plugo
Un ánimo sensible, un noble zelo
Amador de las Musas, rodeado
Del deshonor y la miseria muero.

Y en las preciosas horas, que debiera
Enderezar los delicados genios
Que me escuchan al Pindo sacrosanto,
Porque ornarán un día el patrio suelo,

Con útiles fatigas; arrancado
Del inmoble trabajo, donde el genio
Se gozará feliz, corro indignado

A mendigar mi honor, y mi sustento...
¿Y á dónde, á dónde? á la abismosa Casa

Do la verdad se busca, dividiendo
Bárbaramente el árbol desunible
Donde enlazó las ciencias el Eterno.

Se clama, se vocea, se descende
A inútiles pesquisas, donde ménos
Descender se debiera, do se abisma
El anima fogosa en mil rodeos.

Pero sonó la Ley; fijóse el jugo;
Fórjanse grillos al marcial talento;
Y aquél más fácil los estorvos vence

Que ménos alza el ardoroso vuelo,
¡O fascinado zelo, qual malogra

Con ese afan infructuoso, inmenso
 De un estéril saber, las almas bellas
 En quienes arde de Sofía el fuego!...
 ¿Pero dónde lamento?...; O Silvio carol
 ¿Quién nos diera á los dos que léjos, léjos
 De la barbárie y la ignorancia horrible
 Sonáramos en paz los instrumentos?
 Embriagados del placer suave
 Que dá Filosofía al pecho honesto,
 A la sombra de amor, y amistad santa
 Las Musas fueran nuestro gozo eterno.

Valencia Rl. Semin. de Nob. Caball. 22 de Noviembre
 de 1798.

—Dr. A. A.—(*)

(*) El corto tiempo, que ha querido darse su Autor en escribir estos versos, que acabámos de publicar, debe hacer disimulable qualquiera lunar, que pueda tal vez hallarse en ellos. La Epístola Amatoria de Don Andres Tornos, publicada en este Semanario Núm. 90. del Lunes 12 de Noviembre, no pudo llegar á Valencia antes del dia 21, ni pudieron los Endecasilabos, escritos en su elogio, salir de aquella Ciudad despues del dia 22, habiéndose recibido aquí el dia 30.



CON REAL PRIVILEGIO

EN LA OFICINA DE MEDARDO HERAS
 donde se hallará.